

BLOC DE NOTAS

La memoria en busca del tiempo perdido

Gianni Celati convoca a los clásicos y combate la niebla que oscurece el recuerdo en **Lunario del paraíso**

LUIS M. ALONSO

Hay novelas que uno cree vencidas por el paso del tiempo y el contexto generacional en que fueron escritas y cuando regresa a su lectura se da cuenta de que aún están muy vivas. **Lunario del paraíso**, que acaba de publicar en versión castellana la editorial Periférica, se encuentra entre ellas gracias al gran estilo de Gianni Celati, cuya escritura desinhibida permite a la imaginación ir más allá de los límites impuestos por el tiempo y superar cualquier tipo de arrugas. **Lunario del Paraíso** fue un homenaje a la gran literatura en el momento en que vio la luz en 1978, y lo sigue siendo hoy. Por sus páginas desfilan los guiños a Chaucer, Fielding, Sterne y Carroll. Celati siempre tuvo inspiradores entre los clásicos y los supo poner a disposición de las necesidades actuales. Tradujo a muchos de ellos del inglés, Swift, Twain, Conrad y Melville, y a otros del francés: Stendhal, Perec y Céline.

Lunario del paraíso ocupó la atención de los lectores cuando se publicó por primera vez. Reescrita años más tarde volvería a hacerlo. Pertenece, junto a **Le aventure di Guizzardi** y **La banda dei sospiri**, a la trilogía **Parlamenti Buffi**. Aunque todas forman parte de un mismo cuerpo, cada una de ellas se puede entender sin haber leído las otras. El nexo que las une no son los personajes y las tramas sino el proceso de búsqueda iniciado en la década de los setenta por Celati, que en España es un autor desconocido pero en Italia figura desde la segunda mitad del siglo pasado entre los principales escritores de culto.

Giovanni, el joven protagonista de la novela, se enamora de una adolescente alemana, Antje, tras diez minutos de



conversación en una playa de Italia y la sigue hasta Hamburgo, donde se instala con su familia y emprende una aventura surrealista embobado por los nubarrones de un mar nórdico y un cielo alto que jamás se están quietos, siempre de viaje a través del Atlántico, como cuenta el propio autor, llevando mensajes de poblaciones desconocidas, tipo gnomos, elfos, hadas y ondinas. Allí, tras un periodo de sinsabores y tardes vacías, cree encontrar como Alicia el país de las maravillas. Su padre desde la distancia le pregunta por qué uno tiene que marcharse a un lugar donde se habla un idioma que no entiende. Le recuerda que su hermano, el tío de Giovanni, había tenido problemas con la Policía en Francia precisamente por desconocer el idioma, y le advierte que con los alemanes, más eficientes que los franceses, la cosa puede ser todavía peor para él. Pero la peripecia ya está en marcha y también el alto voltaje tragicómico que encierra junto a los extravagantes y, en algunos casos, pestilentes personajes que la pueblan.

Justo cuando empieza a contar la historia de Giovanni, que es la suya, Celati admite el esfuerzo que supone empezar a hacerlo, dadas que son muchas las aventuras por el mundo en el que uno acaba perdiéndose sin provecho alguno, "porque el mundo huye y es necesario dejarlo huir, no plantarle nunca resistencia". El autor de **Lunario del paraíso** desentierro la memoria para cumplir una promesa hecha a los amigos que le ayudaron entonces a viajar. Es también un intento de eliminar la niebla del tiempo que oscurece los recuerdos. Giovanni no es el único ser que se ha dejado arrastrar por la ilusión del amor y ve justificado en el espejismo sus deseos de abrirse paso en la vida conociendo otros mundos distintos al suyo. Es en cierto modo la misma épica de los poetas y caballeros soñadores de la edad media. Celati pretende recomponer para la eternidad una parte de su existencia tan escurridiza como la propia vida. Precisamente por esa sinuosidad el paraíso no siempre está a la vuelta de la esquina.



Lunario del paraíso

Gianni Celati

Periférica, 2018, 348 páginas, 19 euros

TINTA FRESCA

Nolan, constructor de grandes relatos

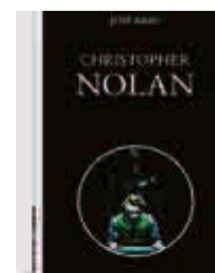
Análisis profundo de la obra de un autor fundamental del cine actual

TINO PERTIERRA

El hombre que resucitó a Batman. Que hizo un viaje **Interstellar**. Que recreó la derrota de Dunkerque. Que puso la pantalla al revés con **Origen**. Hablamos de Christopher Nolan. Un cineasta esencial del cine actual al que José Abad dedica un estudio que abre muchas vías de entendimiento. ¿Cómo definirlo en pocas palabras? "Es un narrador con ganas de contar historias, deseoso de que estas historias cuenten cosas, lo cual le ha granjeado fama de petulante y pretencioso entre la crítica y el público".

Reconoce el autor que "Nolan participa del cine de atracciones actual en el sentido de que el despliegue de la maquinaria hollywoodiense, la técnica y la tecnología cumplen un papel fundamental a la hora de crear sensaciones o despertar emociones, pero al contrario de esos practicantes del producto 'palomitero', artifices de bacanales millonarias que no buscan otra cosa que buenos dividendos en taquilla —ahí están los socorridos casos de Michael Bay, Roland Emmerich o Tony Scott—, él confía plenamente en las posibilidades discursivas y expresivas, éticas y estéticas del relato cinematográfico. Las de Nolan quizá recuerden las propuestas severas de Stanley Kubrick, pues sí, pero su concepción espectacular del medio apunta más bien hacia los ejemplos de David Lean y Akira Kurosawa. No digo que su trabajo esté a la altura del de estos dos maestros —tampoco lo niego—, sino que trabaja desde premisas similares. Hablamos de un constructor de grandes relatos dirigidos al gran público, no a élites o minorías; unos relatos lo bastante porosos como para embeberse de una reflexión de largo alcance. El rigor, la inteligencia o la coherencia con que ha ido construyendo su filmografía están fuera de discusión; también las ambiciones depositadas en cada nuevo trabajo. Las preguntas que se hace y que nos hace me parecen dignas de atención; también la mirada oblicua que dirige al presente. Un aspecto, el de la dimensión social del cine, que para mí supone un desafío constante".

Vivimos tiempos en los que abundan los productos de usar y tirar. "Tiempos líquidos" donde el cine de Nolan quiere durar, perdurar; es sólido según lo que en el pasado se entendía por solidez. Nolan combate los síntomas más evidentes de la disolución desde unos postulados estéticos y éticos que se irán definiendo y robusteciendo a medida que se haga fuerte dentro del cine mainstream". Nolan nos recuerda que la ficción "no es la realidad, sino una interesada reconstrucción de esta; ahora bien, la realidad, para darse a entender, recurre a menudo a la ficción". Nolan reconoce "los problemas de comunicación e indaga en ellos, pero no sucumbe a ellos. Está convencido no ya de la existencia de un entendimiento entre él y el espectador, sino de que la ficción se cimenta precisamente en esta voluntad de entendimiento. De ahí su gusto por una planificación límpida o su rechazo a violentar la puesta en escena con retorcimientos en los emplazamientos de la cámara. El mundo narrativo de Nolan es en última instancia inestable, no caótico. Y satisface cumplidamente uno de los objetivos primordiales de la ficción: evitar que el hombre sea indiferente al hombre".



Christopher Nolan

José Abad

Cátedra, 264 páginas, 14,35 euros